

Daniel Pajares Colondrón el Practicante laureado

Estaba signado por la sombra de la guerra, nació en 1895, al comenzar la de Cuba; encontró la muerte en 1936, a escasos días de iniciarse la de España; y un cuarto de su corta vida la pasó entre el silbido de las balas y el dolor de los heridos. Este hombre, Practicante de Sanidad Militar, pasó a engrosar la lista de los héroes dotado únicamente con el parvo bagaje de un botiquín de campaña.

En Nava del Rey, la cabecera de la comarca castellana de Tierra del Vino, llegaba al mundo hace ahora casi un siglo, el primogénito de Anastasio Pajares y Mónica Colodrón. Fue bautizado en la iglesia parroquial de los Santos Juanes con el nombre de Daniel. Pasó una infancia austera, alternando la escuela con las labores agrícolas en la exigua hacienda familiar; y al llegarle la hora del servicio militar fue destinado al regimiento de infantería Isabel II, de guarnición en Valladolid.

Los tres años de mili en la capital de la provincia resultaron decisivos para el futuro de Daniel Pajares; allí se hizo practicante, y allí escuchó las peripecias guerreras de muchos soldados que regresaban de Melilla con el batallón expedicionario del regimiento. África le atraía ya sin conocerla más que por acaloradas referencias.

Al licenciarse, tras las preceptivas prácticas profesionales en un hospital, se presentó a oposiciones para formar parte del Cuerpo de Practicantes de Sanidad Militar. Superó las pruebas con éxito, y a poco de ingresar en el escalafón, pasaba destinado con carácter voluntario a la Jefatura de Sanidad de Ceuta; unos meses más tarde, figuraba en la lista de revista del Grupo de Fuerzas Regulares de Tetuán N° 1.

Desde el momento de su llegada al Grupo, el practicante Pajares apenas si pisó el cuartel; la vida la hacía completamente en campaña, en los puestos de socorro situados en los múltiples puntos del protectorado, donde las tropas regulares medían sus armas con los aguerridos harqueños del Raisuni.

En uno de estos puestos ocurrieron los sucesos del 23 de agosto de 1923, en los que la actuación heroica de

La operación programada por el mando estaba resultando una sangría para las tropas españolas.



Daniel Pajares le hizo acreedor a la Cruz Laureada de San Fernando, máximo galardón concedido a un soldado español al frente del enemigo.

El tercer tabor estaba de operaciones en las cercanías del poblado de Tag-Sut. El puesto se iba llenando por momentos de heridos y moribundos. La operación de castigo programada por el mando para aquél día estaba resultando una sangría para las tropas regulares; pero el servicio de Sanidad no entendía de estrategias ni de tácticas, su misión consistía en curar a los curables y aliviar en lo posible a los que no tenían remedio.

El teniente médico Arturo Alaejos y el practicante Daniel Pajares apenas daban de sí para llevar a cabo su labor humanitaria; sin embargo, cerca, a sólo unos centenares de metros, varios heridos aguardaban auxilio, sin poder ser evacuados por el intenso fuego del enemigo.

El asistente del capitán Pascual de Povil llegaba angustiado al puesto de socorro, el oficial, que mandaba una de las mías, había resultado herido y precisaba urgente ayuda sanitaria; se desangraba por momentos, y al igual que otros combatientes, ni podía trasladarse por sí mismo ni en camilla, la ofensiva desencadenada por los musulmanes impedía cualquier aproximación al puesto de socorro.

Celebraron breve consulta el médico y el practicante sobre quien de los dos debía salir a curar al capitán. Sería Pajares quién acompañase al asistente; el Dr. Alaejos ya tenía bastante con atender a la impresionante parroquia de dolientes soldados que cubrían el suelo de su improvisado "hospital".

La distancia hasta el nido donde estaban el capitán y algún otro combatiente herido era escasa, pero el terreno empinado y batido por el fuego contrario aconsejaron al practicante prescindir de todo adminículo innecesario. Llenose los bolsillos de vendas y medicamentos de primera urgencia, saltó al exterior del puesto siguiendo al asistente que le servía de guía, y ambos se perdieron entre la fraga de espinos y chaparros que erizaban la zona de operaciones.

En el corto espacio que mediaba entre el objetivo y el puesto, Pajares Colodrón socorrió momentáneamente a varios hombres que acababan de

Los heridos se resguardaban tras unas rocas sobre las que silbaban los proyectiles en siniestros rebotes.

Sin reparar en las propias heridas, se arrodilló junto al moribundo y consiguió efectuarle una cura de extrema urgencia.

do de sepulcro, saltó el liviano parapeto a la vez que disparaba sin cesar a sus espaldas. Era un hombre joven, fuerte y con el rostro irreconocible bajo una densa máscara de polvo; resultó ser el sargento Nicolás Ordóñez, el otro héroe de aquella memorable jornada. Guillermo Nicolás iba herido, lleno de sangre reseca por distintas partes de



Carro-Ambulancia, empleado por Sanidad Militar en la Guerra de Africa.

caer batidos por las balas. El asistente se desesperaba; pero el sanitario, sin perder la calma, iba salvando las dificultades del terreno y de la situación, hasta llegar al fin a un abrigo, donde estaban el oficial y algunos regulares más impedidos para el combate.

El capitán Pascual de Povil se hallaba herido en una pierna, y todos los lesionados se resguardaban tras unas rocas, sobre las que silbaban los proyectiles en siniestros rebotes.

Ya casi había terminado de vendar la pierna del oficial, cuando una bala le atravesó el brazo derecho cerca del hombro. En ese momento llegaba un teniente apremiando la evacuación de los heridos, ya que estaban a punto de ser cercados por un nutrido grupo de harqueños.

El practicante se taponaba a duras penas la brecha sangrante, cuando una especie de espectro, como escapa-

su cuerpo; y llegaba al puesto en demanda de ayuda para su compañero, el también sargento, Martín Aparicio, que se debatía entre la vida y la muerte a sólo unos pasos de allí.

Arreciaba el fuego y ya se escuchaban los gritos de victoria lanzados por la morisma en su incontenible avance pendiente arriba. Algunos soldados ilesos trasladaban como podían al capitán y a los demás heridos hasta posiciones más seguras. Pajares, casi sin material de curas, practicó un torniquete en el brazo de Nicolás, y éste, apenas contenida la hemorragia, volvió a salir frente al enemigo, profiriendo gritos de aliento a los que contenían el asalto y disparando como había llegado, con el arma sostenida entre el brazo sano y el abdomen.

Por su parte, Daniel Pajares siguió los pasos del sargento, recibiendo una segunda herida en la garganta del pie.

Pero cuesta abajo, a sólo unos pasos, aguardaba Martín Aparicio, al parecer muy grave.

Alcanzó Pajares al sargento moribundo, y arrodillándose junto a él, y sin reparar en las propias heridas, consiguió efectuarle una cura de extrema urgencia que le salvó la vida.

Ya sin material de curas, Daniel Pajares atendió a dos soldados más; y un tercer proyectil, éste sin salida, fue a incrustarse bajo la rótula. A partir de este momento quedó privado de toda posibilidad de desplazamiento, lo que no fue obstáculo para que a lo largo del combate atendiese sobre el terreno a los que alcanzaron a llegar a él en demanda de ayuda.

D. Alfonso XIII le imponía en Madrid la Cruz Laureada de San Fernando.

Al cabo de largo rato de avances y retrocesos, acabó imponiéndose una compañía de La Legión, a cuyo puesto de socorro fue evacuado Daniel, el último de los heridos en aquella operación. Según el médico que le acompañó más tarde al hospital, presentaba tres penetraciones de proyectil; una en el tercio superior del brazo derecho, leve; otra en la articulación tibio-pearar terciaria, grave; y una tercera en la rodilla, con alojamiento de plomo bajo la rótula, grave.

Tres años después de haber ocurrido los hechos, y ya condecorado con las cruces de María Cristina y Mérito Militar, se publicaba en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra el expediente de juicio contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada. Y en junio de 1929 S.M. el Rey D. Alfonso XIII le imponía en Madrid la valiosa recompensa. Junto a Pajares Colodrón, recibía la misma Cruz el sargento Guillermo Nicolás Ordoñez, ambos habían llevado a toda España un nombre que hoy se ha borrado de la memoria de las gentes: Tag-Sut, un lugar perdido en la extensa geografía de Africa, que sirvió como apellido a dos hombres de valor excepcional. •

Miguel Danilla